

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

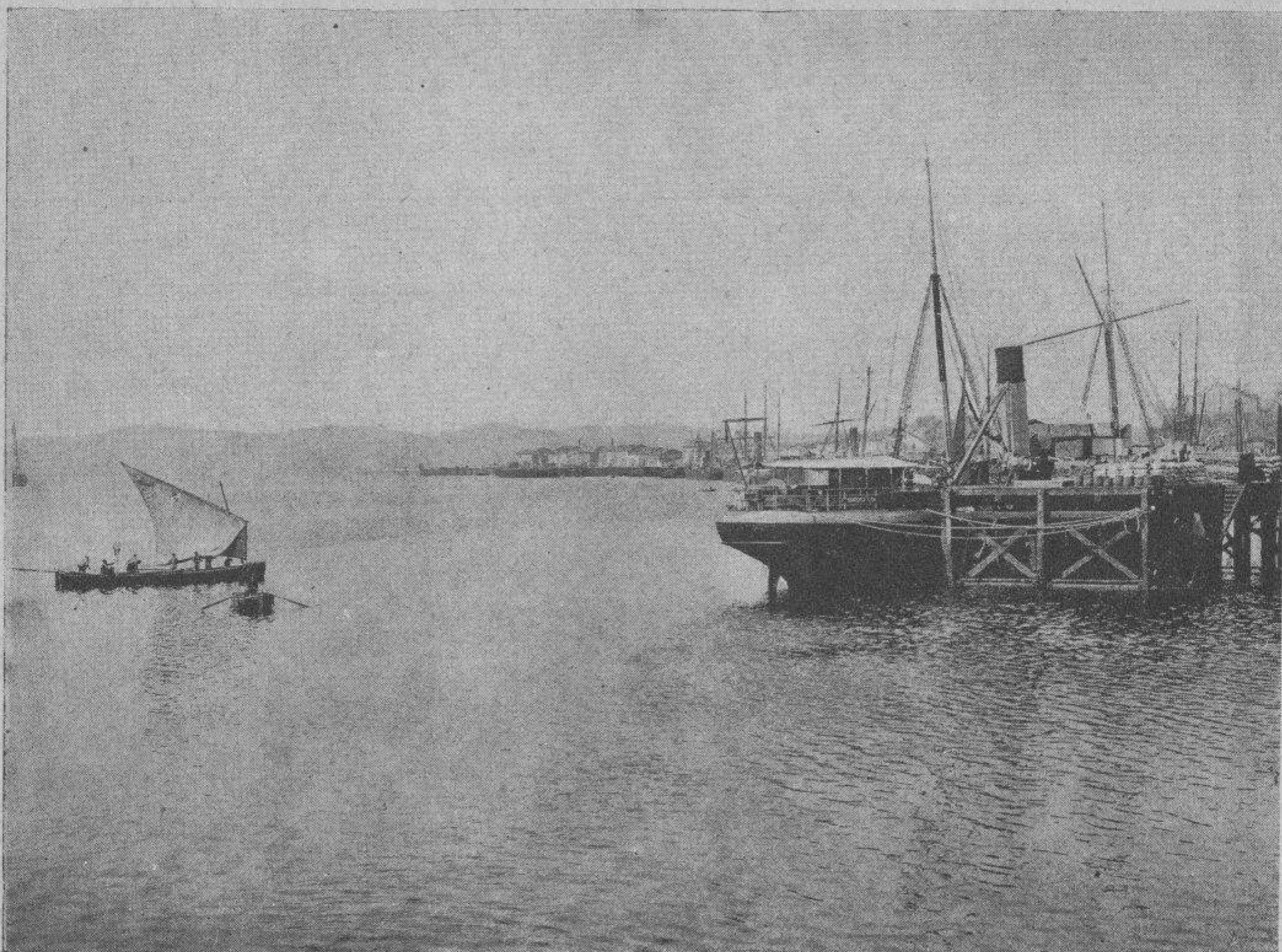
AÑO VII

BARCELONA, 2 DE JULIO DE 1896

NÚM. 293



UNA MORA, por Joseph Lieck.



Fot. de Hauser y Menet.

El puerto.

IDEAS SUELTAS

Cuéntase que en cierta ocasión entró un individuo en un café, pidió una tasa de *ídem*, (¡perdón, oh, Thebussem!), y dijo al mozo con misterioso acento:

—Primero póngame usted leche, mucha leche... ¡Ya le explicaré á usted la causa!

Luego añadió:

—Ahora café, pero mucho café... ¡Ya le diré á usted el motivo!

Y cuando se vió servido á su placer, concluyó con las siguientes palabras:

—Pues es... ¡porque lo tomo con mucho azúcar!

He referido el cuento, anécdota ó lo que sea, antecedente, en primer lugar porque tiene gracia, después porque me ocupa una cuartilla y finalmente para decir á ustedes que yo también, imitando al prójimo en cuestión, les diré luego por qué les sirvo hoy una colección de ideas sueltas.

Ha entrado ya el verano y ahora sí que no puede ó no debe nadie exclamar:

—¡Noticia fresca!

Porque la noticia y la estación son bastante calientes.

El rubicundo Febó se está despachando á su gusto y á la presente hora cuantos nos vemos en la precisión de andar por la calle entre once de la mañana y cinco de la tarde tenemos ya unas chuletas asadas al natural y hemos adelgazado, no por obra de varón sino sudorosamente.

El verano sería muy hermoso sino hiciera tanto calor.

Esta idea se me ha ocurrido á mí solo, pueden ustedes creerlo, y no hagan caso de los que me acusen de plagario.

Otra idea original y en prosa.

Estamos en la época de las Sociedades: las hay mercantiles, industriales, políticas, literarias, de producción, de consumo, de seguros contra incendios, de seguros sobre la vida, para antes de la vida y para después de la muerte; para fomentar la cría de calabazas y para extender el

cultivo de gansos ó viceversa; para cortar los callos á domicilio y para guisarlos al por mayor con un fin benéfico, etc., etc.

Pues bien: ¿no podría fundarse una sociedad colectiva ó comanditaria ó como fuese, para la extirpación del calor en los tres meses del año que más aprieta?

No digan ustedes que eso es imposible.

Imposibles mayores se han propuesto otras sociedades... y no los han conseguido, como es natural.

Pero han logrado, al menos, la realización de otra imposibilidad, mucho mayor que todas, al parecer.

La de convertir en propietarios, banqueros, en fin, grandes personajes, á sus fundadores, que eran unos pelagatos antes de tener la luminosa idea de organizar una sociedad para la explotación de los yacimientos de leche de coco del Arkansas, pongo por timo.

Si la idea cuaja, conste que reclamo para mí la gerencia de la futura sociedad.

De seguro que con ello no se suprimirá el calor, pero más de seguro que yo andaré caliente... y dejaré de escribir artículos.

Así todos saldremos ganando...

Otra entrada, además de la del verano.

La de la escuadra española en nuestro puerto.

Soy ferviente patriota, admiro y respeto al ejército y á la marina y la presencia de esos hermoses buques en los que ondea nuestra mil veces bendita bandera, me llena de satisfacción y de entusiasmo.

Comprendo, pues, que mis colegas se entusiasmen también.

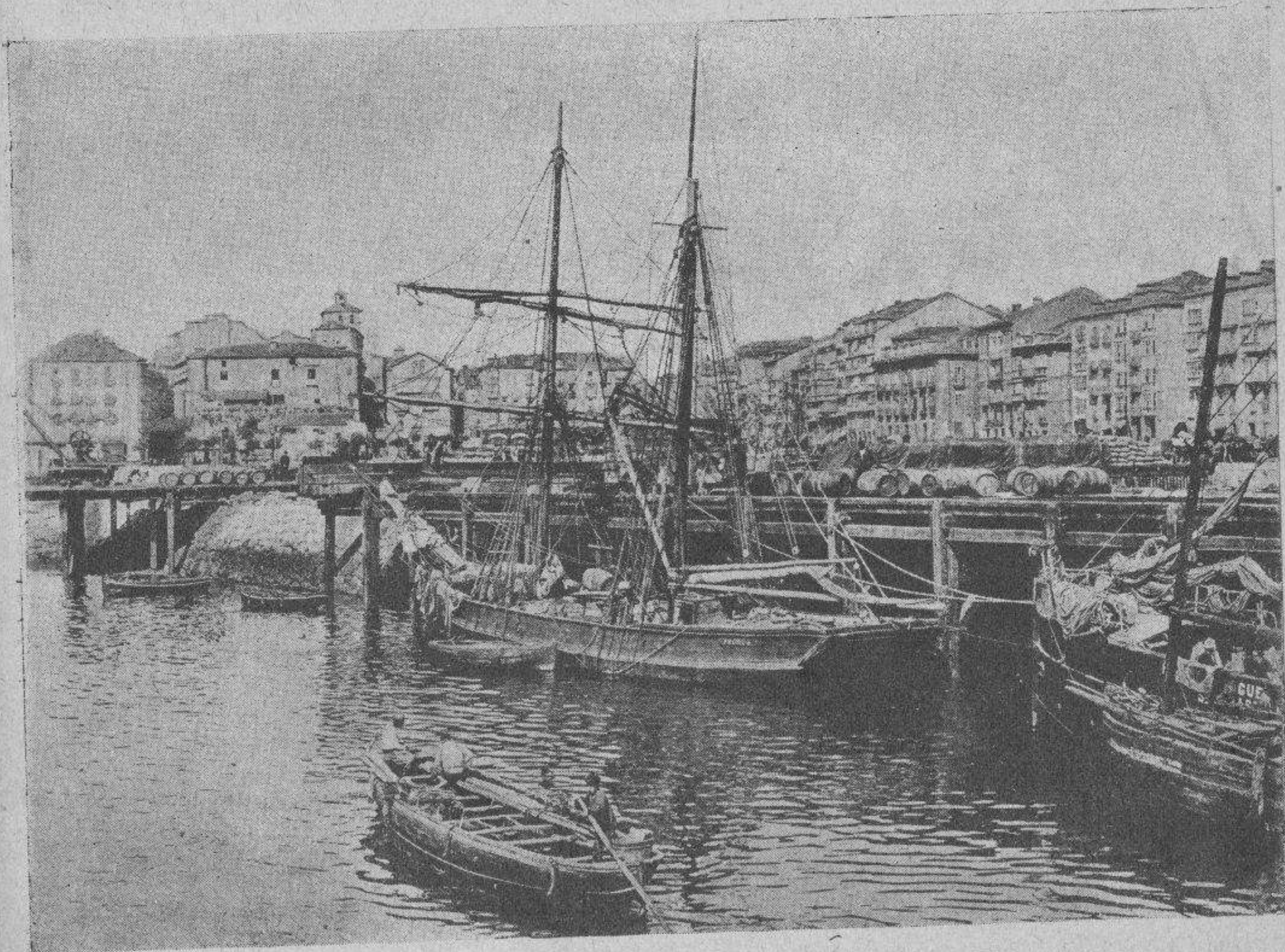
Pero en mi humilde opinión, es posible entusiasmarse y escribir como Dios manda.

Lo digo por un apreciable diario de la noche cuyas son las siguientes líneas:

«Ya el digno general Reguera sabe cuanto se quiere aquí á cuantos *visten* el honroso botón de ancla.»

Los botones, salvo mejor parecer, se ostentan, se lucen, se llevan, se gastan, se cosen, se

VIAJE POR ESPAÑA. — SANTANDER



Fot. 'de Hauser y Menet.

El muelle.

caen, se rompen, se pierden... como se pierde, por lo larga, la lista de los verbos que pueden aplicarse á los botones y la de las prendas á que los botones pueden ser aplicados.

¡Pero vestir botones, es muy poco vestir!

Tal vez en un solo caso podría pasar la frase ú otra análoga.

Si en vez de tratarse de bravos marinos, de hombres civilizados, se hubiese tratado de un cacique salvaje, no estaría mal dicho:

«Vestia un precioso anillo de oro que le colgaba de la nariz.»

¡Como que sería un púdico modo de dar á entender que iba desnudo!

En fin, para muestra basta un botón y para lata ya sobran líneas.

Pongo, pues, punto final, aunque no sin dar la prometida explicación.

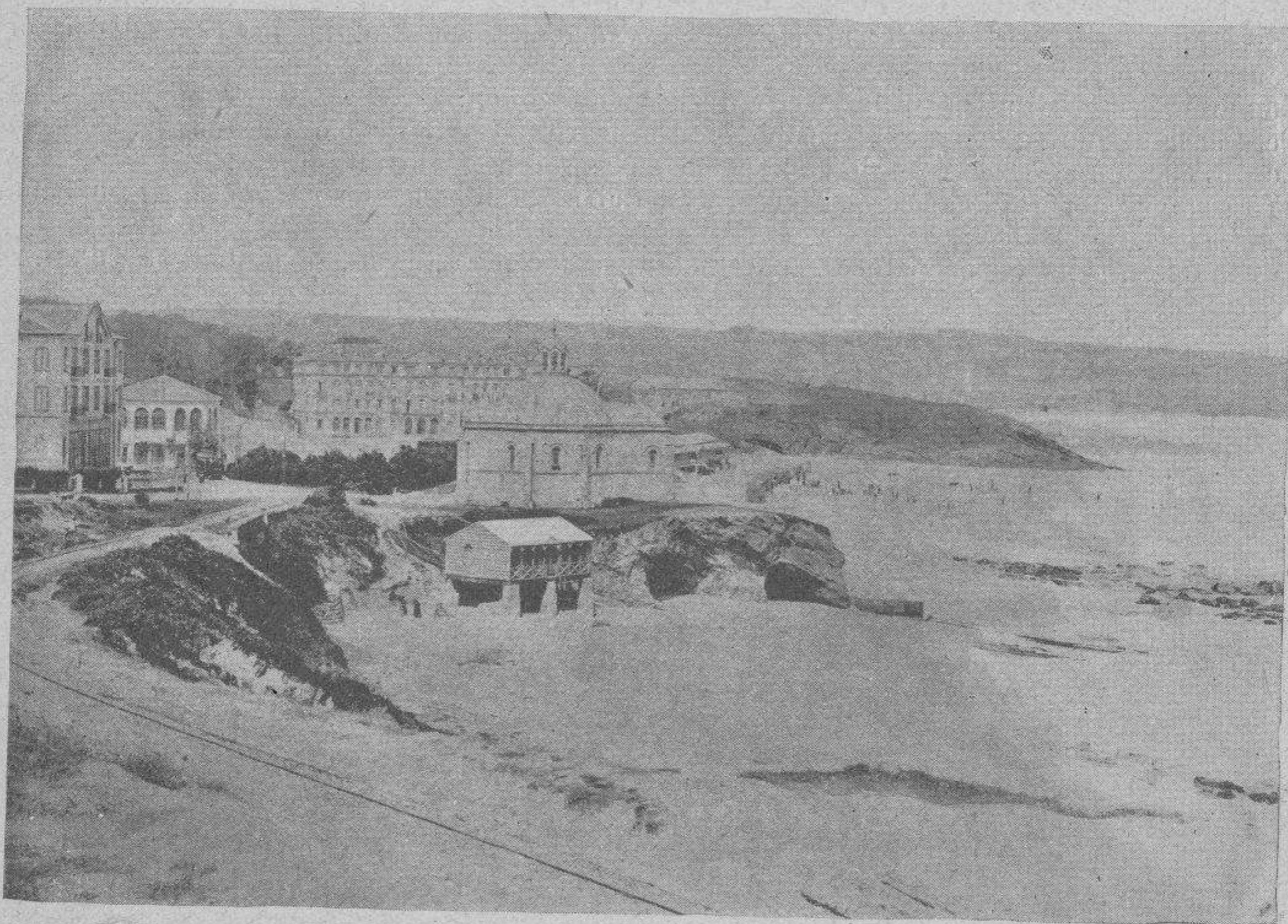
¿Quieren saber ustedes por qué se compone este artículo de ideas sueltas?

Pues... porque no he encontrado el medio de atarlas:

Creo que la razón no puede ser más convincente.

BLAS QUITO.

VIAJE POR ESPAÑA. — SANTANDER



El Sardinero.

Fot. de Hauser y Menet.

AL SUEÑO

Único alivio del mortal infausto,
Bálsamo dulce del herido pecho,
Ven, blando Sueño, y mis cansados ojos
Lánguido cierra!
Ven, y cobija con tus graves alas,
Dios silencioso, mi apartado lecho,
De amor un tiempo venturoso nido,
Miserero ahora.
Goce adormido en tus tranquilos brazos,
Al son del viento que las hojas mueve,

O al sordo ruido de lejana lluvia,
Plácida calma.
La hermosa imagen de mi dueño ausente
Miren mis ojos y mis brazos ciñan;
Y el dulce néctar de su dulce boca
Ávido beba.
Ni obscura sombra ni mortal gemido
Turben, ¡oh Sueño! mi feliz descanso;
Ni le mi frente en el beleño escondas
Áspero abrojo.

FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA.

BELLAS ARTES



EL ÚLTIMO TOQUE, por S. Hugué.

LA TORRE DE LAS RATAS

Habíame extraviado, al tomar en el bosque un sendero de travesía, á mi parecer, y declinaba el día cuando llegué á Arvand, pobre aldehuela perdida en el fondo de aquella región agreste.

Carlos me había advertido que no encontraría posada; iba yo provisto, para su tío el barón de Vinelles, de una carta de recomendación que debía servirme á la vez de boleta de alojamiento.

Un campesino, que encontré al paso, consintió en servirme de guía; pero, por más prisa que nos diéramos, era ya negra noche cuando llegábamos al castillo. Era éste, en pleno bosque, una especie de castillo feudal, cercado de luenga muralla, viejo ya y desmoronándose á sitios. La entrada parecía ser la de un monasterio. Llamé. Al instante, tras de la puerta, abalanzáronse los perros, aullando y sacudiendo sus cadenas; pero, en la mansión, todo permanecía tranquilo. Llamé de nuevo, y entonces, abrióse una ventana del piso superior, y una voz ruda gritó:

—¡Pedro! ¡Pedro! están llamando; tomad la linterna y enteraos de quién es!

Transcurrieron cortos segundos; después, abrióse con precaución una de las hojas de la puerta, y por el resquicio apareció una cabeza de bandido, preguntándome qué se me ofrecía.

Díle la carta, y á la vez que excusándome por lo adelantado de la hora, solicité el honor de ser recibido por el señor barón. Examinóme el cerbero de pies á cabeza, y con desconfianza:

—Entre usted,—me dijo,—y espéreme aquí.

Dejóme en el patio, en compañía de tres gigantescos dogos que no apartaban de mí la vista y gruñían de alarmante manera. Contemplé la habitación que se erguía, negra, ante mí. Era un edificio cuadrado, flanqueado de una torrecilla, mansión de hidalgo del siglo xvi; había conservado perfectamente su buen aspecto de defensa, y su estilo me pareció muy original. Aun cuando yo no me movía de mi sitio, los dogos, impacientes, seguían aullando y tiraban de sus cadenas hasta casi romperlas. Procuraba yo calmarles, lo cual aumentaba todavía su furor; y empezaba á temer por las cadenas y por mí, cuando reapareció mi bandido.

—Puede usted pasar adelante,—me dijo, con aire menos ronco.—El señor barón ruega á

VIAJE POR ESPAÑA. — SANTANDER



Fot. de Hauser y Menet.

Vista general del muelle.

usted que le dispense; está algo indispuerto y aplaza hasta mañana la satisfacción de dar á usted la bienvenida.

Agradecí como mejor supe; y el hombre, precediéndome, linterna en mano, me condujo á un elevado y amplio salón, iluminado por una grande araña de hierro forjado. Me ayudó á desembarazarme de mi equipaje de camino, y salió, pidiéndome algunos minutos para disponer mi cena.

Era un verdadero arsenal aquella habitación; las paredes desaparecían casi por completo bajo una colección de armas de todas las épocas y de todos los países. Examinaba dos largas pistolas de tiro, cuando un gran ruido me hizo volver la cabeza, y vi cinco ó seis grandes ratas disputándose una osamenta de pollo.

Golpeé el suelo con el pie, á fin de ahuyentarlas; pero las tales, mirándome con aire asaz despreciativo y sin querer preocuparse de mi presencia, reanudaron á más y mejor la lucha por la osamenta. Regresó el hombre.

—Mire usted eso,—le dije.

Colocó sobre la mesa el servicio que traía y descolgando de la pared un látigo de caza, dirigióse á las beligerantes, chasqueándolo sobre sus cabezas. Abandonaron las ratas el teatro de la lucha, sin grande apresuramiento, como avezadas á otorgar á su domador aquella concesión, de pura fórmula.

—¿Con que tienen ustedes muchas ratas?—pregunté sentándome á la mesa después de haberlas visto partir.

—¡Oh! sí, ¡muchas! — me respondió con acento que no dejaba subsistir la menor duda.

—Pero, podrían ustedes destruirlas,—añadí.

—El señor barón las deja vivir,—prosiguió;—el señor barón es muy aficionado al tiro de pistola; lleva siempre encima dos, siempre cargadas y... eso le sirve de blanco.

Carlos me había escrito: «Te recomiendo á mi tío; el antiguo marino; es un maniático: de nada te asombres, pero ten la seguridad de que verás cosas singularísimas.»

Prevenido estaba. Colocóse á mis espaldas el doméstico, con la servilleta en una mano y en la otra el látigo, y durante la cena oí sus incesantes chasquidos sin tener el ánimo de darme cuenta, por mi propio, de la importancia de las nuevas invasiones.

VIAJE POR ESPAÑA. — SANTANDER



Fot. de Hauser y Menet.

El muelle.

Comí sin apetito. Confiaba en que el barón de Vinelles se habría contentado con alojar sus ratas en el arsenal, y para librarme de tan mala compañía, pedí al criado que me condujera al dormitorio que se me hubiera destinado.

Las ratas, empero, habían tomado completa posesión de la señorial morada, y mi dormitorio estaba plagado de ellas. Tendíme en la cama, sin casi atreverme á examinar el sitio, y rendido por el cansancio, no tardé en conciliar profundo sueño.

Largo rato hacía que en él estaba sumido, cuando un gran ruido vino á despertarme y sentí circular por la estancia un aire fresco, impregnado de olor de establo. Había notado, la vispera, en una de las paredes del dormitorio, una puerta no muy alta y de goznes enmohecidos; supuse, desde luego, que habría caído por su peso, y que de ahí procedía el estrépito. Dejé de preocuparme de tal incidente y arrojándome con las mantas, traté de reanudar mi sueño; mas, á poco, entraron en el cuarto unas cabras, balando, y en cuanto hube encendido la lámpara, acudieron á saltar en derredor de cama, mirándome con extrañeza. En el ínterin, corrían las ratas por el suelo, moviendo infernal batahola. Creo que me sentí un tanto calenturiento; apoderóse de mí cierto miedo y me levanté, considerando muy natural el ir en demanda de auxilio para lograr que volviesen las cabras á su establo.

Un rayo de luz brillaba por la rendija de una puerta, al fondo del corredor. Allá me encaminé, y llamé. Como no me respondieran, empujé la puerta... Pero, mi corazón dió un vuelco y por poco pierdo el conocimiento. ¡Un cadáver hacía allí... bañado en sangre, y á corta distancia una lamparilla! Cerré sigilosamente la puerta y volví á mi dormitorio más muerto que vivo. Recordé entonces que mi guía me había hablado de cierta banda negra, de ladrones y de crímenes. Sin la menor duda, hallábame en poder de los bandidos. Aquel cadáver era una de sus víctimas, y hasta se me ocurrió la idea de que las ratas estaban destinadas á hacer desaparecer los restos de las gentes asesinadas.

A fin de esconderme contra los acontecimientos que me aguardaban, eché el cerrojo, y después de haber obligado á las cabras á volver á su sitio, fijé de nuevo la caída puerta en su marco y junto á ella coloqué la cama. La ventana no era muy alta. Por ella, si las circunstancias lo exigían, tenía yo una retirada posible.

Organizado mi plan de defensa, me senté en la cama, empuñando uno de los morrillos de la chimenea y atento el oído.

VIAJE POR ESPAÑA. — SANTANDER



El puerto.

Fot. de Hauser y Menet.



NINFAS, por Bouguereau.



Fot. de Hauser y Menet.

El Sardinero desde el Paseo de la Magdalena.

Muy en breve, en la habitación de arriba, se abrió una puerta. Oyéronse unos pasos, hablar en voz baja y luego bajar por los peldaños de la escalera. Temblaba yo, y bañaba mi cuerpo frío sudor. Crugió el maderamen... ¡Se dirigían á mi cuarto!... Entonces, para darme animo, golpeé el suelo y ahuecando la voz, grité con todas mis fuerzas:

—¿Quién va?

Dieron un salto hacia mi puerta, sacudiéndola violentamente. Iba á ceder. Comprendiendo que estaba perdido, salté por la ventana clamando: «¡Ladrones!»

Sonó un pistoletazo, y caí sin sentido.

Cuando lo recobré, halléme tendido junto al cadáver. En la puerta, con un garrote en la mano, estaba de centinela mi bandido.

—No os mováis,—díjome amenazándome;—¡cuidado! ¡pronto vuelvo!

Salió, cerrando la puerta con doble vuelta, y á poco volvió con un compañero á quien llamaba «Capitán.»

Era el recién llegado un hombre de elevada estatura, y aspecto feroz y resuelto. Acercóse á mí.

—¿Qué pretendéis hacer?—me dijo.

—Llevo muy escaso dinero,—respondí.

—Esa no es una razón,—replicóme severamente.

—Pero, vais á matarme, ¿verdad?—añadí suplicante.

—No,—respondió.—He matado á ese, porque resistía; ¡vos, mucho más prudente, pensabais huir! Con esa van dos noches que no nos dejáis pegar los ojos; ahora bien, sabed que cuando se entra en mi casa en las condiciones que vinisteis, se sale ó como vos, por la ventana, ó como ese, que pasará por la puerta, con los pies por delante.

Y añadió:

—¿Perteneceis, sin duda, á la misma banda?

—No, señor,—le dije;—no conozco á ese hombre.

—No intentéis excusaros,—continuó.—Sois joven, hijo mío, lo que habéis hecho es un cri-

men. Habéis abusado de la sagrada hospitalidad. Os habíamos acogido como á un hermano. Al oír el ruido que resonaba en el dormitorio que ocupabais, creímos desde luego que os atacaban y acudíamos á defenderos. Sólo cuando os vimos huir, lo comprendimos todo, y que también erais uno de tantos... Ayer,—prosiguió,—mandé llamar á los gendarmes de Vinlac. Pronto llegarán á comprobar la muerte de este hombre á quien maté por derecho de legítima defensa; en sus manos os entregaremos.

Tan sorprendido me hallaba, que no acertaba á pronunciar una palabra.

—Pero al fin,—tartamudeé,—vosotros no sois ladrones ni asesinos.

—No persistáis en engañarnos,—repuso mi juez;—explicad, mejor, cómo pudisteis procurarnos esta carta de nuestro sobrino.

—Pero,—repliqué;—¡si Carlos es mi mejor amigo! No soy ladrón, caballero, soy pintor, y he saltado por la ventana para que no me asesinasen.

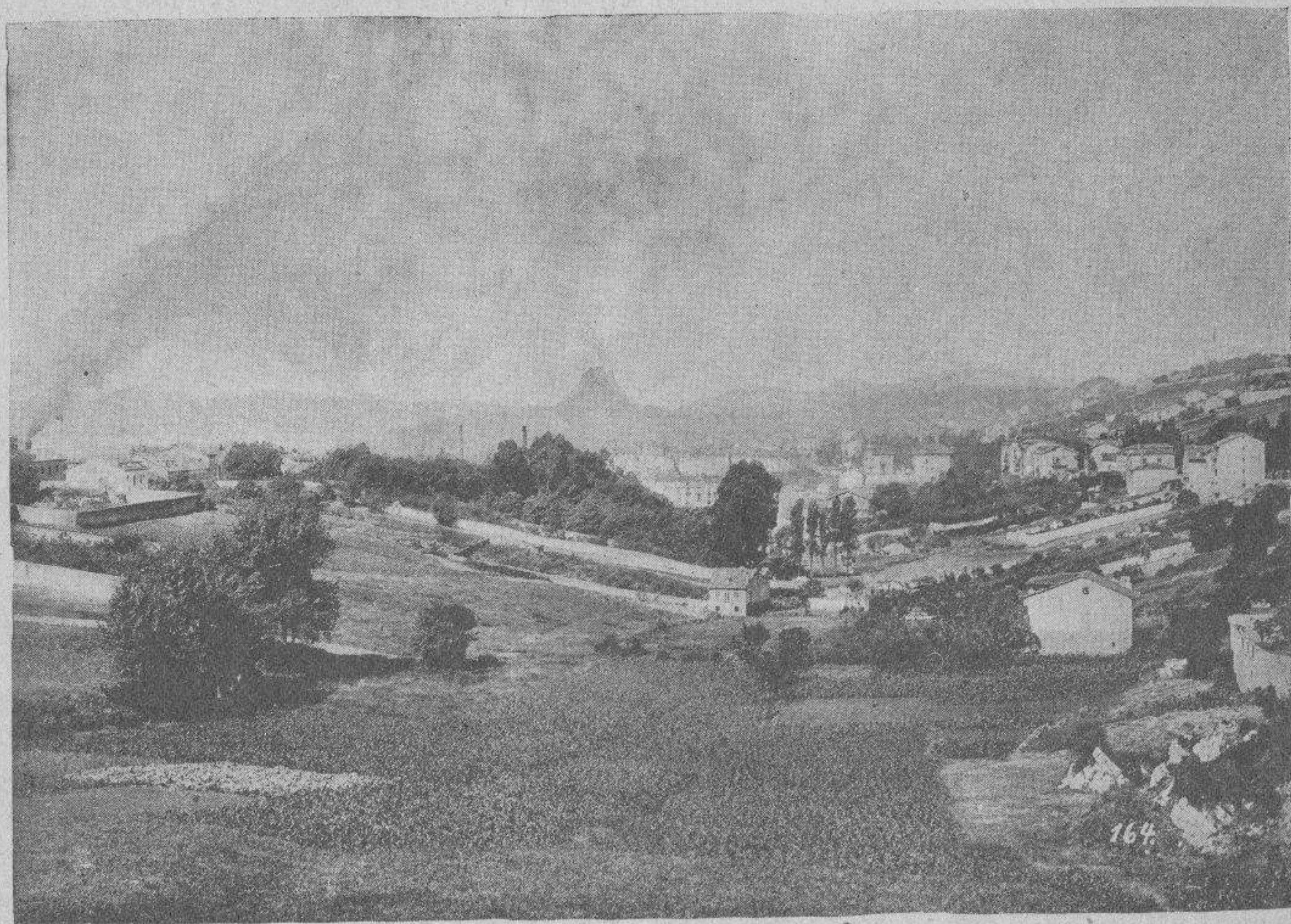
Referí, entonces, en todos sus pormenores, mi nocturna aventura; como, al ir en busca de auxilio para llevar al establo las cabras, había tropezado con el cadáver y no comprendiendo tamaño misterio, me asaltaron locos terrores; como, oyendo correr hacia mi puerta había creído llegada mi última hora, y azorado emprendiera la fuga.

Así que hubo terminado mi relato, el barón, viendo el *quid-pro quo*, estrechóme en sus brazos, solicitando mi perdón. Estaba inconsolable por haber alojado una bala en mi brazo. Bastaron, afortunadamente, tres días para la curación de mi herida; pero hube de pasar dos semanas en el castillo, por empeñarse el barón en no dejarme partir, á lo cual accedí de mil amores, pues las cercanías eran admirables y el barón el mejor hombre del mundo.

Sin embargo, confieso humildemente que me fueron indispensables mis quince días para acostumbrarme á sus atroces ratas.

X

VIAJE POR ESPAÑA. — SANTANDER



Fot. de Hauser y Menet.

Vista desde Santos Mártires.

RECUERDO FELIZ

(HEINE)

Como rasga nube obscura
La luna, y su claridad
Entre vapores fulgura,
Surge visión bella y pura
Del fondo de muerta edad.

Estábamos sobre el puente
Del bajel; pausadamente
Nos llevaba el patrio río;
Resplandecía el estío
A la luz del sol poniente.

Sentado estaba delante
De mujer bella y amante,
Y prestaba su arrebol
A su pálido semblante
El postrer rayo del sol.

Daban con alegre acento
Las bellas su voz al viento:
¡Qué placer! ¡Qué dulce calma!
¡Cual brillaba el firmamento!
¡Cómo se ensanchaba el alma!

Casas, campos, selva umbría,
Todo pasaba y huía
En visión esplendorosa,
Todo... y todo lo veía
En los ojos de mi hermosa.

T. LLORENTE

LA VIEJA Y LA LAMPARA

Al triste amparo del techo
de una casa derruida,
y en un aposento estrecho,
está una vieja en un lecho
y una lámpara encendida.

La anciana débil se queja,
suspira y besa una cruz;
y haciendo mortal pareja
se está muriendo la vieja
y apagándose la luz.

De la anciana con dolor
el pecho agitado ruge,
y al compás de su estertor
con pavoroso rumor
la llama en el vaso cruge.

La moribunda aun respira,
aun la luz alumbra vaga,
se inflama, aquella suspira,
la anciana lánguida expira,
la lúgubre luz se apaga.

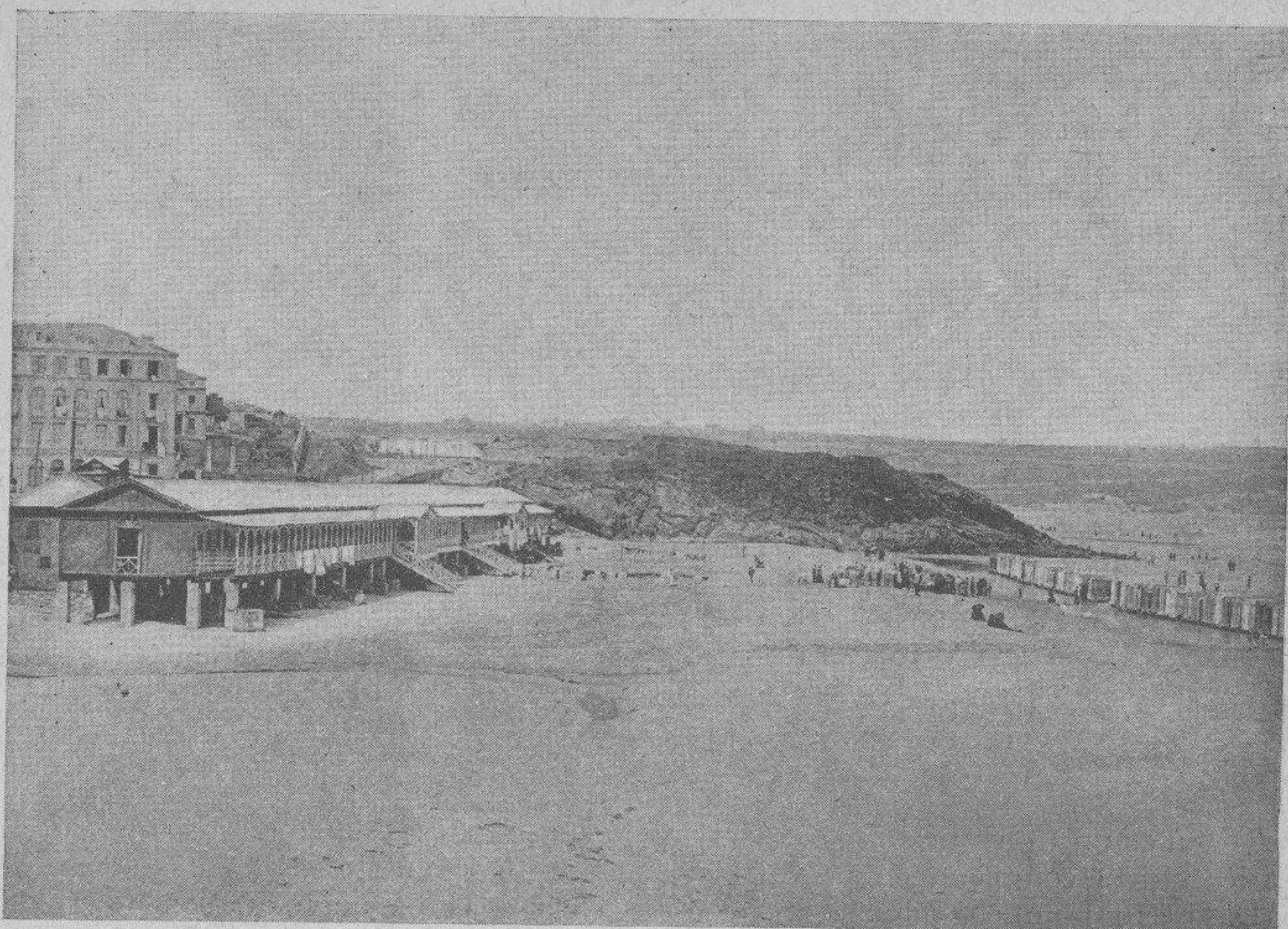
A un sepulcro se asemeja
la estancia en fúnebre calma;
¡Murió la luz con la vieja;
la luz un fanal que deja,
un cuerpo que deja el alma!...

ACACIO CÁCERES PRAT

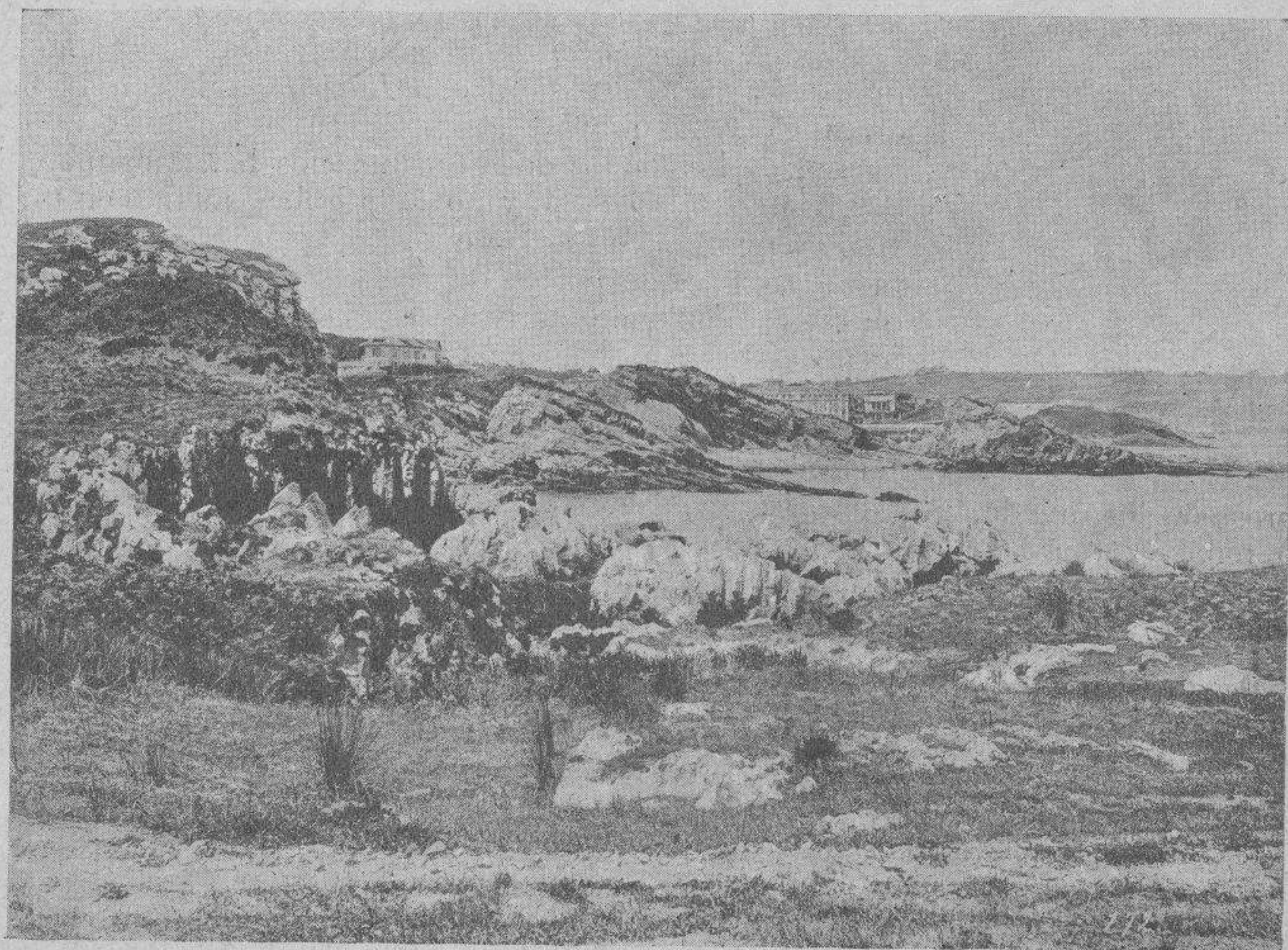
BELLAS ARTES



DIANA CAZADORA, por Popperitz.



Establecimiento de baños.



El Sardinero.

Fots. de Hauser y Menet.

PERFILES

y Bonos



La causa del calor. — De veraneo. — Trenes Económicos. — Los baños en Barcelona.
Cuestiones de indumentaria y de moral. — Nuestras reformas.

Tenemos un Gobierno insoportable; un Gobierno que no se cuida más que de hacer política y tiene completamente olvidadas las necesidades públicas.

Digo esto, porque como en España se les echa la culpa de todo á los gobernantes, supongo que también la tendrán del sofocante calor que nos achicharra.

Y efectivamente, tengo observado que siempre que Cánovas ocupa el poder, hace calor en el mes de Julio.

Es verdad que con Sagasta nos sucede otro tanto, lo cual prueba que no podemos salir de malos gobiernos.

Las gentes *comme il faut* comienzan á emigrar á las hermosas playas del Cantábrico, á *Biarritz*, á Baden Baden y á San Gervasio de Casolas.

Los desheredados de la fortuna nos bañamos modestamente en La Deliciosa, y no falta quien, metido en un barrero y puesto delante de un mapa, se forja la ilusión de que se zambulle alternativamente en todos los balnearios de las dilatadas costas del Mediterráneo.

Sin embargo, pocos y muy míseros son los que dejan de hacer su viajecito de verano, toda vez que las paternales empresas ferroviarias proporcionan los medios económicos y cómodos de hacer un viaje de recreo.



El que no ha ido en un tren botijo de verano no sabe lo que es bueno.

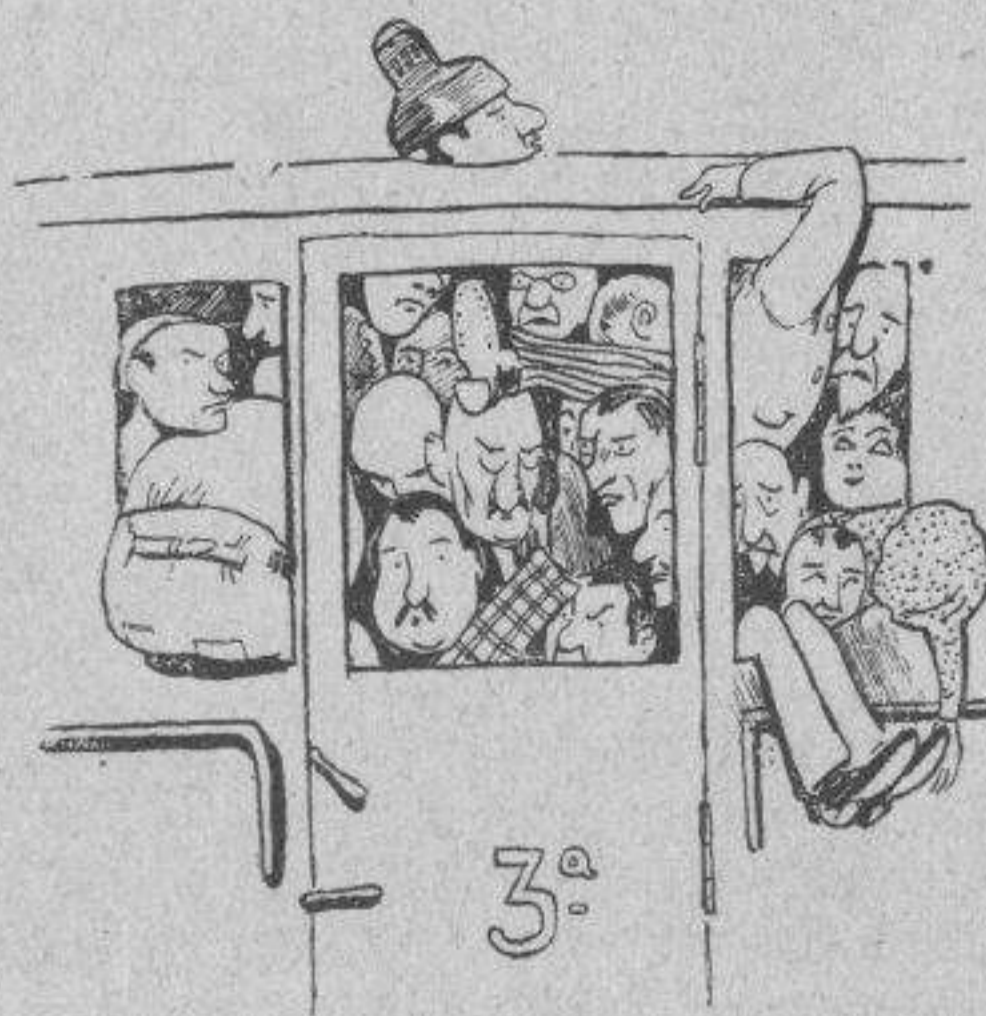
¿Les gustan á ustedes las cajas de pasas de Málaga?

Pues una cosa así son los trenes á que me refiero.

Viste mucho eso de viajar en el verano y volver luego hablando del Sardinero y de la Concha; del Cabañal ó de Caleta.

El año pasado le pregunté yo á una señora que decía haber estado en San Sebastián.

—¿Qué tal es la Concha?



—No la he visto,—me contestó,—porque en los días que estuve yo allí iba de parto.

Los baños de Barcelona tienen pocos atractivos, entre otras cosas, porque no dejan que los hombres se acerquen donde se bañan las mujeres.

Y es que esto de la moral y de las buenas costumbres debe de ser una cosa así como el arroz á la valenciana que en unas partes lo comen con tenedor y en otras con cuchara.

La misma mujer que aquí se alarma de que la vean entrar en el baño, en otras playas se queda tan fresca aunque le enfilen los gemelos.

Verdad es que allí lucen trajes caprichosos y aquí persiste todavía la horrible camisola que les da un aspecto risible.

Los hombres tampoco andan muy bien de indumentaria para meterse en el agua, y eso que á las mujeres no les está prohibido verlos de cerca y tienen constantemente un gran público femenino que se recrea contemplando sus bellas formas más ó menos ocultas con palmo y medio de tela.

Este privilegio del bello sexo se presta á serias meditaciones.

De todos modos es ridículo ya que no irritante.

Pero escribiendo, escribiendo me dejaba en el tintero el acontecimiento más culminante de estos días.

Hemos estado abocados á un conflicto de orden público.

Las reformas de LA SAETA han llamado tan poderosamente la atención, que las gentes andaban por ahí dándose de cabezadas para conseguir un número.

Gracias que se agotó la edición á las pocas horas de ponerse á la venta, si no á estas fechas estarían llenas las casas de socorro, porque se habrían disputado los números á garrotazo limpio.

Para evitar conflictos y colisiones en lo sucesivo procuraremos que hayan SAETAS para todos.

VICENTE SUAREZ CASAN



Dibujos de XAUDARÓ.



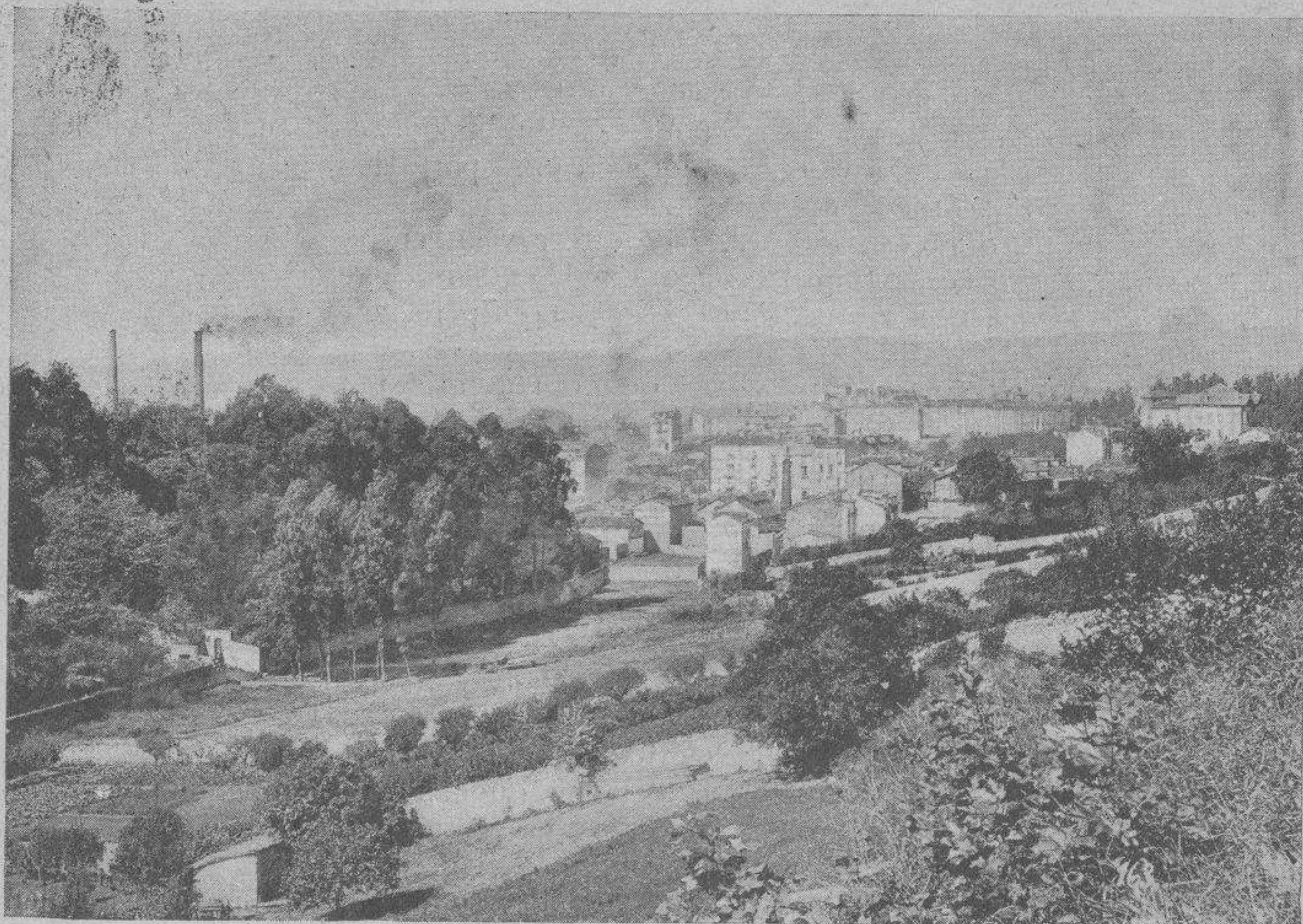
UN CARDENAL VALIENTE

Estando los escuadrones
Florentinos y romanos,
De indinados corazones,
Para venir á las manos
Por sus antiguas pasiones,
Iba el cardenal de España
Rodeando la campaña,
Y animando á sus soldados
Que entrasen determinados
En la militar hazaña,
Diciéndoles: «Ea, señores,
Pelead como debéis,
Pues en todo sois mejores
Y tantas veces habéis,

Vencido trances mayores.
»La deseada victoria,
Que esperáis, ya es conocida;
No tenéis por qué dudalla:
Los muertos en la bata.la
Vais á cenar á la gloria.»
Y oyendo el rumor vecino,
Echóles la bendición,
Y en un caballo sabino,
Hijo de padre frisón,
Tomó de Roma el camino.
Viendo los soldados esto,
Que era indicio manifiesto
Que iba el Cardenal huyendo,

Dábanle voces, diciendo:
«Monseñor, no os vais tan presto;
»Ya los enemigos vienen,
La bélica trompa suena
Para que todos se ordenen;
Hallaros heis á la cena
Que aderezada nos tienen.»
Él respondió sin parar:
«Yo holgara de quedar,
Aunque de camino voy,
Por daros gusto; mas hoy
He dispuesto no cenar.»

BALTASAR DEL ALCÁZAR



Fot. de Hauser y Menet.

Vista desde el Paseo de la Concepción.

CANTARES

Con tanto placer cruzamos
el túnel de Elda los dos,
Que al salir de él exclamamos:
«¿No habrá otro túnel, gran Dios?»

La vida es dulce ó amarga,
Lo corta ó larga ¿qué importa?
El que goza la halla corta,
Y el que sufre la halla larga.

Te pintaré en un cantar
La rueda de la existencia:
Pecar, hacer penitencia,
Y luego vuelta á empezar.

Por más contento que esté,
Una pena en mí se esconde,
Que la siento no sé dónde,
Y nace de no sé qué.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

CORRESPONDENCIA

R. F. — (¿?) Se publicarán.
E. S. C. — Madrid. — Créalo V.; si se publicaran sus *Sentimentales*, tendríamos un qué sentir.
E. de S. — (¿?) Irá con alguna enmienda.
J. de los R. — Idem. — Tiene muchas incorrecciones.
C. G. L. — Idem. — Eso no son versos ni *na*.
E. C. — Madrid. — No les veo la punta, y eso que me he puesto los lentes.

P. S. R. — Sevilla. — El pensamiento no tiene nada de particular, pero en cambio están muy mal verificados.

J. M. — Orense. — Los he puesto en lugar preferente en la colección que hago de avortos poéticos.

R. P. — Bilbao. — Es V. un cucurbitáceo, y perdone el modo de señalar.

D. F. — Cádiz. — No se devuelven los originales. Lo que no se publica va al cesto.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Paseo de San Juan, 168 — Barcelona.